

## XX

*El pastor Waldeck*

La joven se quedó sola, y por la primera vez de su vida, quizás, al oír el ruido de los pasos de su padre, no corrió hacia él.

Al desaparecer el joven, sintió flaquearle las fuerzas, y se cayó en una silla que se hallaba al lado de la puertecita por la cual acababa de salir el fugitivo.

Allí estaba todavía cuando entró su padre en la habitación obscura y silenciosa.

Parecióle al anciano tan extraño que su hija no corriera á su encuentro, ó, por lo menos, que no la hallara esperando, que se detuvo después de haber dado algunos pasos y la buscó entre la obscuridad. Al cabo de algunos segundos, no distinguiendo ni oyendo nada:

—¡Lieschen!—dijo, medio llamando, medio interrogando.

Al oír su nombre pronunciado por su padre, la niña salió como de un ensueño y lanzóse hacia él.

—Aquí estoy, padre mío,—dijo.

—¡Ven, pues!—dijo el pastor, algo sorprendido.

Y extendiendo la mano en dirección de la voz, y hallando, por contacto, á su hija:

—Ven y bésame,—repitió;—una vez por ti y otra por la que ya no está aquí...

La niña echó los brazos al cuello del anciano.

—¡Oh! ¡Sí, sí, padre mío!—exclamó, sintiendo desbordar el corazón bajo el doble sentimiento que lo colmaba.—

¡Oh, sí, padre mío! Tantas veces os besaré, por mí y por ella, que no llegaréis á apercibirnos de que os falte una hija.

Y quitándole el capote de los hombros y el bastón de la mano:

—Dadme,—dijo.

Y dejó el capote en una silla y el bastón en un ángulo. El pastor la seguía con los ojos como si pudiera verla.

—¿Por qué estás sin luz, Lieschen?—preguntó.

—Me he olvidado de encenderla,—respondió la joven con voz ligeramente conmovida.

—Y ¿permanecías sola en la obscuridad?

—Soñaba,—balbuceó la niña.

El pastor exhaló un suspiro; le parecía reconocer cierta turbación en la voz de su hija.

Mientras tanto, la niña se acercó á la inmensa chimenea y, buscando una brasa entre las cenizas, encendió uno de los brazos del velón de cobre.

La lámpara iluminó entonces el semblante de un anciano de unos sesenta años. Aquel semblante era correcto y grave; comprendíase que era el de un hombre que había sufrido mucho. Sin embargo, su expresión era bondadosa, y se transparentaba á través de las tristes huellas que la desgracia había extendido sobre aquél.

La niña no hizo las mismas reflexiones que nosotros; estaba ya acostumbrada á la expresión melancólica de aquel rostro; y, al mirarle, balló, además, un tinte de alegría que llamó su atención; luego, observando que el pastor llevaba un saco en la mano:

—¡Toma!—preguntó.—¿Qué traéis aquí, padre mío?

El pastor la miró con más franca sonrisa.

—¿Qué traigo?

—Sí.

El anciano levantó el saco.

—Tu dote, hija mía.

—¿Mi dote?—profirió Lieschen sorprendida.

El pastor le presentó el saco.

—Sostenlo.

La niña estuvo á punto de dejar caer el saco que su padre dejó entre sus manos.

—¡Oh! ¡Cómo pesa!—dijo.

—¡Diantre!—exclamó triunfante el viejo.—¡Como que contiene dos mil thalers!

—¡Dos mil thalers!—repitió la muchacha con una expresión tan triste como alegre era la de su padre.—¡Dos mil thalers! ¿Por esto os imponéis tantas privaciones?

—¿Qué privaciones?—preguntó el viejo.

—¿Por esto trabajáis más de lo que permiten vuestras fuerzas?

—¡Hola! Y ¿dónde ves que trabaje tanto, hijita?

—Vos solo, con vuestras propias manos, cultiváis y podáis toda nuestra viña.

—Hija mía,—dijo el anciano sonriendo,—la viña es el asunto de una de las parábolas del Evangelio, y, bajo ese aspecto, nunca cultivaré bastante la mía.

—Vos os sacrificáis por mí, padre mío; y vuestra hija

os reconviene por ello,—dijo Lieschen, casi con severidad.

—¿A mí?

—Sí: ¡la amáis demasiado!

—No me digas esto, hija mía,—replicó el anciano, atrayéndola á sus rodillas,—porque te daré la prueba de lo contrario.

—¡Oh! Querido padre, ¡esto no!

—¿No te acuerdas que hace tres años tenía ya una suma igual á ésta?

—Sí; ¿qué más?

—Como ésta, era de dos mil thalers... Pero vino el terrible invierno de 1812 á 1813; entonces yo pensé, querida Lieschen, que sólo tenías catorce años, que los pobres también eran hijos míos, que tú podías esperar, puesto que Dios misericordioso te concedía el pan cotidiano, ¡mientras que aquéllos tenían hambre! ¡tenían sed! ¡tenían frío!

—¡Padre!

—¿Te acuerdas?—prosiguió el anciano, apretando más tiernamente á su hija contra el pecho.—Era una noche de noviembre, una de esas noches tan frías entre el Rhin y el Bosque Negro; el viento silbaba, una helada lluvia azotaba la ventana; y nosotros, bien arropados en buenos abrigo, estábamos allí, junto á la llama chispeante, tú en aquel sitio y yo en aquel otro... ¿Te acuerdas, Lieschen?

—¡Oh! Sí, padre mío.

—Yo estaba ensimismado; tú detuviste el torno y me dijiste: «¿En qué pensáis, padre mío?» «¡Ah!—respondí.— ¡Pienso en los que tienen frío, en los que tienen hambre y en los que no tienen ni pan ni lumbre!» Entonces te levantaste, te dirigiste al armario, tomaste el saco que contenía los dos mil thalers y me lo trajiste... ¡Nos habíamos comprendido, pobre hija mía! Tomé el saco de tus manos y salí... Al día siguiente, tú te habías quedado sin dote, mi querida Lieschen; ¡pero sesenta pobres tenían pan, leña y vestidos para todo el invierno!

—Sí, excelente padre,—dijo la niña, besando al anciano; ¡y de sus labios salió un concierto de bendiciones que debió regocijar al Dios de bondad!

—Y que lo regocijó, hija mía, puesto que, al cabo de otros dos años, me ha permitido que me hallase en posesión de igual suma; lo que hay es que ésta, hija mía, como ahora tienes diez y siete años en lugar de catorce, yo te

prometo que no se distraerá de su destino... á menos, sin embargo, de que no conquistes algún rico caballero, ó algún apuesto señor, como ocurre con frecuencia en nuestros cuentos alemanes.

—¿Creéis la cosa posible, padre mío?—preguntó vivamente la joven.

—¿Por qué no? ¿No eres prudente, buena y hermosa como Grisélida, y Grisélida no se casó con el conde de Perceval?

—Y, sin ir tan lejos, padre, sin salir de la familia, mi pobre hermana Margarita ¿no fué amada sucesivamente por Ulrico, el estudiante de Heidelberg, por Guillermo, el hijo de un banquero de Francfort, y, por fin, por un conde... el conde Rodolfo de Offenburgo?

—¡Ay!—murmuró el pastor entristecido.

—¡Oh! Yo os prometo, padre mío,—prosiguió la niña, sin notar el velo de tristeza que acababa de extenderse por el semblante del anciano,—os prometo que no seré tan exigente.

—Sí, sí,—respondió el pastor con un suspiro; tú te casarás, hija mía, y, con la ayuda de Dios, encontraremos un esposo digno de ti. Mientras tanto, toma este saco, aunque te pese, y enciérralo en el armario que está á la cabecera de mi cama... Toma, aquí tienes la llave.

—Y será mi dote,—contestó la niña riéndose;—á menos que, según decíais ha poco...

—A menos que para hallar un buen acomodo te basten tu frente serena, tus lípidos ojos y tu frescura de rosa de mayo; en cual caso no seré yo, sino Dios bondadoso, quien te habrá proporcionado el dote.

La joven encendió una vela en el velón y salió, llevándose el saco, no pudiendo casi con su peso.

El pastor la siguió con los ojos intensamente cariñosos del padre que contempla á su hijo.

Luego, hablando consigo mismo:

—No le he dicho que faltaban tres thalers á los dos mil: uno que he dado á una vieja, y dos á un pobre paralítico que no tenía con él á Nuestro Señor para decirle: «¡Levántate! Tira tus muletas y ¡anda!» Pero antes de finalizar la semana espero que quedarán repuestos y el dote intacto. ¡Que venga, pues, el hombre digno de ese tesoro de prudencia y de bondad, y mi pobre Lieschen será dichosa!

Y levantando los ojos al cielo, como si buscara el reflejo de lo que había perdido:

—¡La Providencia me debe esta compensación! —añadió con aquella sonrisa que es á un tiempo una plegaria y una duda.

En aquel momento volvió la joven.

—Padre mío,—dijo,—el dinero está en el armario; tomad la llave.

—¡Bien, hija mía! Y ahora, no sé si tú eres de mi opinión, Lieschen, pero yo creo que ya sería hora de cenar; ¿qué te parece?

—Sí, padre,—respondió la joven distraídamente.

Dió tres pasos y se detuvo pensativa.

Su padre la seguía con la mirada.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—¿Yo? ¡Nada!—respondió aquélla.

Y dió algunos pasos más.

Después empezó á poner la mesa; pero, de pronto, apoyando ambas manos en la mesa, miró á su vez al anciano con cierta inquietud.

—¡Lieschen!—dijo éste.

—¡Padre mío!—respondió la joven.

El viejo llamó á la niña con la mano.

—¡Ven aquí!—dijo.

Lieschen se aproximó vivamente, como si aquel mandato respondiera á un deseo de su mente.

—Aquí me tenéis, padre mío.

—¿Te pasa algo?—preguntó el pastor.

La niña movió la cabeza.

—No,—dijo.

—Por lo menos, estás preocupada.

—Sí, algo tengo que deciros; pero por vez primera vacilo, me conturbo...

—¡Veamos, habla!—dijo el pastor inquieto.—¿No soy acaso para tí un padre indulgente? Tú no puedes tener nada grave de que acusarte, hija mía.

—¿Quién sabe?—respondió Lieschen.—¡Tal vez de una buena acción!...

—¡De una buena acción! Y ¿cómo puedes acusarte de una buena acción?...

—¡Oh!—dijo la niña.—No es por la buena acción en sí misma, sino por el misterio que la ha rodeado y el del que ha sido objeto de ella.

—¿Qué hay, pues? Veamos, ¡habla!

—Escúchame, padre.

—¡Hola! ¿Ya me tuteas?

—¡Qué!... ¿Me lo impedís?

—No; pero cuando eras pequeña, me hablabas así siempre que tenías que hacerte perdonar algo.

—¿No os he dicho que soy culpable?

—Vamos, ya escucho.

—Varias veces me habéis explicado,—pricipió Lieschen,—que los padres de nuestros padres habían sufrido grandes y crueles persecuciones por la fe religiosa...

—Sí, en tiempo de Lutero y de la guerra de los Treinta años.

—Y, con frecuencia, con el llanto en los ojos, me habéis contado los rasgos de abnegación de los que, á costa de su libertad, de su fortuna, hasta de su vida, habían dado asilo á los proscritos.

—Sí; pero en recompensa de lo que se habían expuesto en la tierra, Dios les habrá concedido un sitio á su diestra en el cielo.

—¿No me reñiríais, padre mío, si mi corazón se hubiese conmovido de piedad por un hombre á quien una persecución semejante á aquéllas hubiese echado de su país?

—¿Por un proscrito?

—Sí, padre mío.

—¿Dónde está ese proscrito?

—Hace un momento estaba aquí; ahora debe estar ya lejos.

—¿Y para hablarme de ese desdichado esperaste á que hubiera partido?

—Perdón, padre mío,—dijo Lieschen vacilando;—pero ese desdichado...

—¿Qué?...

—Era...

—¡Oh! Ya lo adivino,—siguió diciendo el pastor.—Era un francés, ¿no es cierto?

—Sí, padre mío; un francés que ha servido al emperador Napoleón, y que, habiendo cooperado á su regreso de la isla de Elba, se ha visto obligado á escapar de Francia.

—Has hecho bien en seguir los impulsos de tu corazón, hija mía; pero has hecho mal dudando del mío.

—¿Le hubierais acogido como yo?

—Sin duda alguna. El techo de un pastor ¿no es el refugio natural, acaso, del proscrito y del abandonado? Y ¿qué edad tenía ese francés?

—¿Qué edad?

—Sí.

—Veintiocho ó treinta años.

—¡Ah! ¿Entonces era un joven?

—¿Debía rechazarlo porque era joven? preguntó Lieschen.

—¡No, seguramente!—respondió el pastor, mirando á su hija con inquietud.

—¿Por qué me miráis así, padre?—dijo Lieschen.

—Busco...—respondió el pastor.

—¿Qué buscáis, padre mío?

—¿Qué has hecho del ramo de violetas que has cogido esta mañana de la tumba de tu hermana?

—Podría deciros que lo he perdido, padre mío,—respondió con tranquilidad la joven;—pero ¡Dios me guarde de mentir á mi padre! El francés me pidió aquellas flores, y yo se las di.

—¡Lieschen! ¡Lieschen!—exclamó el anciano, meneando la cabeza.—Hasta hoy he citado á la hija del pastor como un modelo á todas las niñas de la ciudad...

—¡Oh! Os comprendo, padre mío, y os contesto sin rubor y sin vergüenza: el extranjero me ha pedido el ramo en nombre de la gratitud, y yo se lo he dado en nombre de la amistad.

—¿No volverás á ver á ese hombre?—preguntó el pastor.

—Es probable, padre mío... No obstante...

—No obstante...

—Ha dicho que esperaba volver, y ha fijado su vuelta para de aquí á tres meses.

—¡Lieschen! ¡Lieschen! ¡Desconfía!

—¿De él, padre mío? ¡Oh, no!

—¡Los hijos de su país nos son funestos, hija mía!

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que el día en que hoy estamos no es un día ordinario, hija mía,—prosiguió el pastor.—¡Es el 16 de octubre, triste aniversario de una muerte misteriosa y prematura!

—¡Sí, de la muerte de nuestra pobre Margarita!

—Y no llevamos el luto en los vestidos, pero la mano del tiempo, por muy ruda y fría que sea, ¡no lo ha borrado de nuestros corazones!

—No, padre mío; y el cuarto de Gretchen, conservado



tal como estaba el día de su muerte, ¡es un templo en donde eternizamos y adoramos su recuerdo!

—¡Recuerdo de santa y de mártir, hija mía! Hace un momento me hablabas de un francés, y me preguntabas de qué proviene el odio que les tengo; pues bien: hoy, día de tristeza y de llanto, voy á decirte cómo nos ha sido arrebatada Margarita, y por qué dolorosa vía se ha remontado al cielo ese ángel que Dios y tu madre me habían dado.

—¡Oh padre mío!—exclamó Lieschen.—¿Qué terrible aventura acaeció á mi hermana, cuando tres años después de su muerte, me habláis de ella con esta palidez y esta emoción?

—Yo quería, amada hija, reservar eternamente á tu inocencia lo que le acaeció; pero ese francés á quien has socorrido, ese regreso prometido y esperado tal vez, me imponen el deber de no ocultarte nada... Si ese francés vuelve, te diré: «¡Acuérdate!»; y si no vuelve, te diré: «¡Olvida!»

—¡Oh! ¡Hablad, hablad, padre mío!

El pastor dejó caer un instante la cabeza entre las manos, como si interrogara el pasado, y empezó, ahogando un suspiro:

## XXI

### *Ojeada retrospectiva*

—Debemos remontarnos á siete años atrás, mi querida Lieschen,—dijo el anciano.—Tú eras entonces una tierna niña ocupada todavía en jugar á muñecas, cuando supimos á un tiempo que se aproximaban los franceses por la parte de Ratisbona y los austriacos por el lado de Munich.

—¡Oh! ¡Me acuerdo perfectamente, padre mío! Estoy viendo aún en la meseta de Abensberg, mirando hacia las ruinas del viejo castillo, la casita blanca con una parra que sombreaba la puerta y algunos manzanos en el fondo del jardín.

—Entonces ¿te acuerdas del día en que entraron los austriacos?

—¡Ya lo creo! Yo estaba en el salón, al lado de mi hermana Margarita y de nuestro amigo Staps, cuando oímos el rumor lejano de los tambores; al mismo tiempo, pasaron